

Significaciones en torno a la pobreza urbana desde una perspectiva de género

Julieta Man

Estudios del ISHiR, 12, 2015, pp. 177-197. ISSN 2250-4397

Investigaciones Socio Históricas Regionales, Unidad Ejecutora en Red – CONICET

<http://revista.ishir-conicet.gov.ar/ojs/index.php/revistaISHIR>

Artículo/Article

## Significaciones en torno a la pobreza urbana desde una perspectiva de género

**Julieta Man** (Universidad Nacional de Rosario-CEIM)

### Resumen

El presente artículo intenta aportar conocimientos desde un abordaje antropológico con perspectiva de género, sobre la problemática de la pobreza urbana. Su punto de partida data del trabajo de campo realizado por la autora con un grupo de mujeres que viven y/o trabajan en dos barrios del noroeste de la ciudad de Rosario, Argentina: *Unidos y Solidaridad*. El enfoque local/barrial ha contribuido a una mejor comprensión de nuestra temática al permitir estudiar los contextos espaciales en los que residen los grupos de personas en situación de pobreza. Esto nos ha posibilitado reflejar la heterogeneidad del fenómeno y precisar las necesidades de la población. Sostengo como objetivo principal de este trabajo el rescate de las significaciones y concepciones de la pobreza desde una perspectiva de género, haciendo hincapié en las interpretaciones que construyen las mujeres sobre las distintas relaciones sociales que viven, tanto al interior de sus familias como en la comunidad. Para ello, se ha buceado en la cotidianidad de estas mujeres, en sus modos de vida, sus deseos e iniciativas.

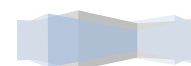
**Palabras claves:** perspectiva de género; feminización de la pobreza; relaciones de poder; división sexual del trabajo.

### *Meanings of urban poverty from a gender perspective*

#### **Abstract**

*This article attempts to provide knowledge from an anthropological approach, with a gender perspective on the problems of urban poverty. Its starting point dates from fieldwork conducted by the author with a group of women who live and / or work in two districts northwest of the city of Rosario. Hold the main objective of this work to rescue the meanings and conceptions of poverty from a gender perspective, emphasizing the interpretations that build women on different social relations living, both within their families and in the community. To do this, I went diving in the commonness of these women, their lifestyles, their wishes and initiatives.*

**Keywords:** gender perspective; feminization of poverty; power relations; sexual division of labor.



*“El género de las personas puede determinar el nivel de pobreza y el riesgo de padecerla” (Godoy, 2003: 16).*

**E**l presente artículo intenta aportar conocimientos desde un abordaje antropológico, con perspectiva de género, sobre la problemática de la pobreza urbana. Su punto de partida data del trabajo de campo realizado por la autora a lo largo del año 2009 con un grupo de mujeres que viven y/o trabajan en dos barrios del noroeste de la ciudad de Rosario, Argentina: *Unidos y Solidaridad*. Sostengo como objetivo principal de este trabajo el rescate de las significaciones y concepciones de la pobreza desde una perspectiva de género, haciendo hincapié en las interpretaciones que construyen las mujeres sobre las distintas relaciones sociales que viven, tanto al interior de sus familias como en la comunidad. Para ello, fui buceando en la cotidianidad de estas mujeres, en sus modos de vida, sus deseos e iniciativas.

Destaco la importancia de trabajar desde la perspectiva de género, siempre desde un paradigma relacional. El adoptar esta perspectiva permite mirar y acercarse a las problemáticas, en este caso a la pobreza, a partir de una óptica diferente. En lo particular, pude ahondar en las desigualdades, discriminaciones y en las construcciones y naturalizaciones que las justifican. A su vez se busca ver como el carácter subordinado de la participación de las mujeres en la sociedad limita sus posibilidades de acceder, en pie de igualdad, al control de recursos de todo tipo (materiales o no). En fin, es a partir de esta perspectiva que se concibe a la pobreza de manera heterogénea, esta será entendida como un fenómeno multidimensional, el cual posee distintos aspectos (material, simbólico, cultural), se manifiesta de diferentes formas y, por tanto, afecta de diferente manera a las personas. En este caso se indagará acerca de la particular forma en que la pobreza afecta a las mujeres, que pueden ser catalogadas como “las más pobres entre los pobres” (Aguilar 2011; Godoy, 2004; Arraigada, 2006). Asimismo se destaca el papel que cumple la familia en la problemática del género.

Partimos de la idea de que no existe una familia ejemplar o ideal, como muchos años se creyó que lo era la familia nuclear, sino que la familia en sí puede estar compuesta de diversas maneras, algunas más y otras menos alejadas de este modelo. Tal vez la idea de familia nuclear como tipificación de “la familia” sea, al igual que el género, otra creación de la sociedad luego naturalizada por hombres y mujeres, tal vez fue esta naturalización la que durante mucho tiempo impidió ver las relaciones diferenciales que se dan al interior de la familia (en la cual muchas veces puede existir un uso asimétrico del poder). Idea que, incluso hoy, con los cambios logrados en la esfera pública, impide a las mujeres terminar de liberarse, en palabras de Winerman, “terminar la revolución” (2007).

### **Las mujeres: sus vidas en el barrio; sus significaciones cotidianas**

Los barrios aparecen como espacios que articulan intrínsecamente las relaciones sociales, desde los pequeños núcleos de interacción vecinal informales, estructurados en pequeñas redes, o polarizados en torno a una calle, a espacios de mayor centralización, como un centro de salud, una iglesia

o un club. El enfoque barrial ha contribuido a una mejor comprensión de la pobreza al estudiar las características de los contextos espaciales en los que residen grupos de personas en situación de pobreza. Esto ha permitido reflejar la heterogeneidad del fenómeno y precisar las necesidades de la población.

Como ya anticipamos, el presente artículo tiene como base el trabajo de campo realizado por la autora en dos barrios contiguos localizados al noroeste de la ciudad de Rosario, “Solidaridad” y “Unidos”, aunque están ubicados en la cercanía de una gran zona residencial de la ciudad, ambos barrios están ausentes en los planos turísticos. Cuando se emprende el camino hacia ellos uno se topa con la realidad de la ciudad de Rosario y sus suburbios. Es que para llegar hay que pasar por la parte residencial de Fisherton, con sus casas de tejas, con los grandes predios pertenecientes a clubes y escuelas, con grandes campos de golf y canchas de tenis, con regadores automáticos, cercos y guardias de seguridad.

“En el barrio hay mucha desigualdad (...) construyeron terrenos del Jockey especialmente porque vinieron del exterior a jugar un torneo de Jockey y decían que les molestaba ver a esa gente (...) acá hay dos clases en un mismo lugar, dos mundos en uno” (Registro n° 2).

Son esos caprichos de lo que Lefebvre llama sistema capitalista “que moldea un paisaje urbano específico signado por la diferenciación imprimiendo una espacialidad fácilmente detectable en las ciudades. Los patrones de desigualdad persistente pueden identificarse en territorialidades diversas y en contextos diferentes” (Lefebvre en Pascual, 2013).

En el barrio Solidaridad se encuentra el centro comunitario “Juntos Podemos”, donde funcionan un dispensario, una guardería, el costurero comunitario perteneciente a la Obra Kolping y “un salón de usos múltiples, donde se realizan fiestas, se vende comida y ropa y los fines de semana es usado para dar misa” (R. n° 2). Este barrio nació hace unos 25 años, cuando el Jockey Club extendió su predio y las familias que vivían en los terrenos linderos a él fueron desalojadas. Fue entonces que los vecinos, junto con el cura del barrio, comenzaron a realizar esfuerzos para poder ser reubicados cerca de sus viejos hogares. Como expresa una de las trabajadoras del costurero comunitario “el 99% trabajaban en el mercado y no se querían ir lejos entonces bueno... por eso la han trasladado una cuadra. En realidad quedó en la misma zona” (R. n° 5). Según los vecinos es por esa lucha conjunta que se nombró a este barrio Solidaridad.

Una vez instalados en sus nuevas casas se vio la necesidad de construir el centro comunitario, que fue realizado con la ayuda de todos los vecinos. Lo primero que se hizo fue el dispensario y poco a poco se fueron levantando las otras partes de lo que hoy es el centro comunitario. Las casas del barrio son, en su mayoría, de material y las personas que viven en ellas son dueñas de los terrenos, muchas de las calles están pavimentadas.

A pocas cuadras está ubicado el barrio Unidos, caminando hacia allá se ve como todo el contexto empieza a cambiar, las calles pavimentadas le dejan su lugar a las de tierra, comienzan a aparecer los terrenos fiscales, grandes terrenos baldíos convertidos en basurales y las casas de material cada vez son menos.



“(…) estamos en el barrio Unidos. Antes era fantasma el barrio, porque no nos conocía nadie, no teníamos colectivos, no había nada. Ahora por lo menos tenemos una dirección, un número, ahora puedo decir vivo en la calle (...) del barrio Los Unidos” (R. n° 10).

En una de las casas del barrio funciona el comedor comunitario “Padres del Dolor”, coordinado por Marta y su familia. El comedor lleva este nombre en memoria de David Sánchez, un chico de 5 años que fue asesinado y arrojado al “laguito” por el dueño de un bar en el parque independencia, cuando cartoneaba con su familia.

El centro comunitario “Juntos Podemos” y el comedor comunitario “Padres del Dolor” se convirtieron en las organizaciones centrales de este trabajo. Allí fui conociendo a María, Marta, Norma, en las que nos centraremos de manera particular, pero también Viviana, Liliana y su hija, mujeres que con su cotidianidad y sus significaciones le fueron dando vida a nuestra investigación. El acercamiento al campo me permitió contactarme con aspectos menos públicos y conocidos de la vida social, así como con realidades y vivencias silenciadas, como suele ser el caso de las experiencias, casi siempre invisibilizadas tras relatos masculinos, de las mujeres.

### *Conociendo a María*

A María la conocí en el centro de salud del “barrio solidaridad”, una chaqueña de alrededor de 75 años, que apenas empezamos a hablar en la sala de espera quiso que conociera su casa, su vida. En la entrevista me contó que en Chaco tenía chacra y siembra, pero debido a grandes inundaciones “Llovió durante 3 meses seguidos y perdimos todo” (R. n° 9), se trasladaron a Rosario, traídos por un camionero amigo. En realidad primero vinieron los hijos y el marido a trabajar y después se instalaron todos.

Educación y trabajo fueron dos aristas de la vida de María que surgieron en la entrevista.

En relación a la educación me cuenta:

M: No, no. Yo no fui. Me querían venir a enseñar a acá, pero no.

E ¿Por qué no?

M: Y digo yo que no voy a aprender con la edad que tengo. Eran chicos así como vos, que me querían venir a enseñar o algunos que eran mormones...

E: Y usted nunca quiso. ¿Por qué le daba miedo?

M: No, no es que me da miedo a mí, es que no puedo. Nosotros cuando yo empecé a ir a la escuela, hija, ya era grande (R. n° 9).

En su discurso se puede observar una idea de “esto no es para mí”, que la educación es hasta determinada edad y que si en su momento no se pudo ahora “que va a hacer con eso”. En cambio me dice que se dedicó a los quehaceres del hogar, a criar a la familia, que por suerte su marido e hijos trabajaban y que nunca necesito salir del hogar. Aunque más adelante en su relato exterioriza el hecho de que al marido nunca le gustó que ella salga a trabajar y que prefería que se quede en la casa.

En las palabras de María las tareas del hogar no van a ser consideradas como trabajo ya que, al desarrollarse estas desde la vida cotidiana de la casa, toman una forma particular que se relaciona con la familia y el tiempo libre. Así el trabajo en el hogar, pasa a ser percibido como un área más de la cotidianidad, distinguiéndose del trabajo por fuera de la casa, el “publico” realizado en la familia de María por su marido e hijos.

#### *Conociendo a Norma*

Norma fue una de las primeras mujeres con las que me contacté. La conocí por Jesús en el centro comunitario del barrio Solidaridad. Allí me contó que, si bien nació en el barrio, hoy no vive más allí. Una vez o dos veces por semana viaja desde zona sur hora y media en colectivo, para compartir con las mujeres el espacio del centro comunitario, allí tienen un costurero y un “roperito”, en el que venden ropa usada a los habitantes del barrio. En la entrevista relata sobre la importancia que para ella tiene ir al centro comunitario.

N: Sabemos que este es un espacio nuestro, de contención, que es nuestra casa, bueno, que es un granito de arena que colaboramos día a día, siempre como podemos y bueno, vemos que hay muchas necesidades que el gobierno no las da, no las va a dar. Y es un camino de hormiga, es despacito, es de a poquito, pero si somos muchas, nos va a costar menos (R n° 5).

Su discurso esta permeado por la idea de mantener el espacio como una necesidad. A lo largo de la entrevista también plantea que ella hace eso para “irse tranquila”, para ayudar a las compañeras, por esto sigue adelante con el proyecto, a pesar de la distancia, el cansancio, los reclamos familiares que cuenta recibir y su otro trabajo.

#### *Conociendo a Marta*

A Marta la conocí caminado por las calles del barrio Unidos, allí me llamo la atención su comedor comunitario, ubicado en mismo lugar donde vive con su esposo e hijos y donde también funciona un kiosco.

Cuando comenzamos a hablar, tanto en las entrevistas como en las situaciones observacionales, me contó de su lucha por tener un comedor comunitario, que una organización “piquetera” la invitó a sumarse “(...) me dice porque no salís con nosotros y nosotros te vamos a conseguir una copa de leche” y me dice “vas a ver que te vas a ayudar a vos y vas a ayudar a otra gente” (R N° 8), como el comedor del barrio perteneciente a la parroquia había cerrado y ante las necesidades que Marta vivía en ese momento, decidió participar en la organización piquetera y aceptar la propuesta que le habían hecho de ayudarse y ayudar a otra gente. Después desde el comedor empezó a hacer más contactos, y así ella y muchos vecinos suyos dejaron de “cirujear”; en cambio “ahora tienen maquinas de coser y trabajo, hacen cortinas, hacen repasadores. Otros tienen para hacer, como es, para hacer jardinería, son un montón de herramientas que se les fueron dando” (R n° 8). Recalca lo importante que tiene para ellos tener sus propias herramientas de trabajo y sus propios

emprendimientos, ya que de esta manera no tienen que depender de que otro les dé un trabajo.

En el testimonio de Marta no solo se recalca la importancia del trabajo, sino de la educación, como forma de conseguirlo. Ella da cuenta de sus peleas con sus hijos para que vayan a la escuela

“(…) que sean algo en la vida (…) no que este toda la vida trabajando de albañil, porque después no tenés trabajo, tenés que ir a cartonear, cirujear. Y uno, por ahí la gente nos miraba mal a veces, nos hemos comido cada cosas, nos veían juntar la basura con las manos... un montón de cosas pasamos y entonces yo no quisiera que los chicos pasen lo mismo (R n° 8)”.

El discurso de Marta me hace reflexionar sobre las significaciones sociales y como éstas operan desde lo implícito en las elecciones, en los actos de los individuos y de la sociedad. Marta pretende para sus hijos una vida diferente a la que ella tuvo, no quiere más que sean “mirados”, estigmatizados, en cambio quiere que estudien y que como dijo en este testimonio “sean algo en la vida”.

Existen unidades de sentido que operan sobre los discursos. Esto hace que muchas veces las perspectivas que tienen las mujeres estén basadas en significaciones aprendidas y naturalizadas, casi siempre encargadas de mantener y justificar el orden establecido, basado en problemáticas acerca de trabajo, familia, poder, pobreza y género. Concepciones que en los ejes siguientes se analizaran con particularidad.

### **Concepciones y construcciones acerca de género y poder**

El Género, como una construcción socio-histórica, atraviesa las diversas relaciones sociales. Relaciones que se fueron construyendo en base a la diferencia (entre hombres y mujeres) la cual se fue transformando en desigualdad. En este contexto, el problema no es que existan diferencias, sino que estas se constituyan en desigualdades y pongan sistemáticamente en desventaja a un grupo (Rico, 2008). Esto posibilita y justifica un acceso asimétrico a los recursos contribuyendo a generar por un lado, un mayor privilegio y dominación masculina, mientras que por el otro se subordina cada vez más a las mujeres. Se acuerda con Witting que “construir una diferencia y controlarla es un ‘acto de poder ya que es un acto esencialmente normativo’. Cada cual intenta presentar al otro como diferente. Pero no todo el mundo lo consigue. Hay que ser socialmente dominante para lograrlo” (Witting, 2006:6).

Los hombres, al sentirse superiores, dominantes y “poderosos”, muchas veces intentan ejercer ese poder a través de la violencia. Cuando una se contacta con los sujetos y escucha sus historias, sus vivencias, surgen problemáticas de violencia de género.

“Yo tengo una compañera que no es de acá, es de mi barrio. Que el marido la encerró una semana y yo hace tres días que no la veía y estaba preocupada porque sabía que estaba mal. Fui a la casa y estaba cerrada con llave y que el marido la encerró con llave y se fue. Quedó encerrada con los chicos y no tenía para comer” (R. n° 5).

Esto mismo le paso a una vecina de Marta, otra de las entrevistadas:

M: (...) por ejemplo a veces se están peleando los vecinos, y viene la nenita más grande que es la que tiene 10 y con la otra de 5, la otra de 3 y la otra de 2 y me dice “Fabi ¿nos podemos quedar un ratito acá en tu casa porque mi mamá y mi papá se están peleando?” o “no queremos ver como mi papá le pega a mí mamá” (R. nº 8).

Esta problemática hace que se piense en la categoría de poder y cómo éste influye en las relaciones opresivas y diferenciales que se dan al interior del hogar. Es en estas relaciones de poder que se dan en el campo, que cobra sentido para este trabajo la definición de Gerda Lerner sobre *patriarcado* como “la manifestación e institucionalización del dominio masculino sobre las mujeres y niños/as de la familia y la ampliación de este dominio sobre las mujeres en la sociedad en general” (Lerner, 1990). Este poder expresado, ahora ejercido más allá del núcleo familiar, fue sufrido por la hija de Marta:

“Porque yo la nena mía, ésta no, la otra la que tiene 12, el hombre ese la quiso manosear, quiso abusar de ella, de ella y otras nenas más, les hizo cosas a las otras nenas. Y las mamás de las otras que hicieron “no, no vayas más a esa casa” y yo que hice agarramos y lo fuimos y lo denunciarnos (...). Pero también vi eso, que hay muchos chicos abusados, muchos y lo viví en el mismo barrio y no se denuncia por eso. Una que le hacen pasar cosas horribles a los chicos, yo te lo digo por experiencia propia, cuando yo la lleve a tribunales a Priscila salió descompuesta llorando, porque le decían “¿y?”... Y sola tuvo que entrar, nosotros no pudimos pasar, le decían “seguro que no te obligaron a decir lo que tener que decir” y así le hablaban mal y ella salió descompuesta, yo digo mejor me hubiese quedado callada, le tuviera que haber pegado un tiro en la cabeza al tipo y listo, porque ahora tenés que pasar toda una guerra. Y ahí hay chicos que son abusados y se tiene que callar la boca.” (Registro nº 8).

En este testimonio se puede ver también que los organismos públicos, lejos de encargarse de resolver las distintas problemáticas que afectan a las mujeres, terminan en una actitud de sospecha hacia la víctima. Esto lleva a que las mujeres que se animaron a visibilizar las relaciones de poder que se dan tanto al interior de la familia como en la sociedad, terminen sufriendo más todavía, llegando a pensar que de nada sirve mostrar la existencia de esta sujeción. A sus vez, como expresan distintos autores (Hannah Arendt entre ellas), el poder no se limita al ejercicio de la violencia, en el campo vemos como estas relaciones pueden darse en forma de enojo, de chiste, de no dejar que la mujer decida sobre su propio cuerpo, entre otros.

“Residente: ¿Tenes más hijos?

Mamá: Sí muchos...6

Residente: A yo pensé que me ibas a decir que tenías como 15 /Risas/

Residente: Y ya cerraste la fabrica.

Mamá: si éste es el último

Residente: ¿No pensaste en hacerte las ligaduras?

Mamá: Si, ya me las hice” (R. nº 3).

Este caso se ve agravado ya que esta forma naturalizada de actuar frente a las mujeres llegó a ámbitos de formación como la universidad. Así una residente mujer, ve como normal preguntarle a su paciente por si ¿ya se ligó las trompas

o no? O si ¿piensa hacerlo? Como si fuese algo cotidiano para las mujeres que poseen muchos hijos, para las mujeres pobres.

Pero, por suerte, vemos que no todos los profesionales están formados desde la misma óptica. Es así que la psicóloga del centro de salud “juntos podemos” lejos de naturalizar la problemática va a plantear

“Para mí el tema de las ligaduras es muy complejo ya que se actúa sobre el cuerpo de la mujer y es algo irreversible. Yo pienso que la mujer debe decidir sobre su cuerpo y sobre sus tiempos, por lo que no aconsejo tomar este tipo de decisiones de un momento para otro” (R. nº 3).

En el mismo consultorio pediátrico vemos como el poder puede manifestarse a través de un “indefenso” chiste:

“Doctora: ¿vos trabajas?

Mamá: Soy ama de casa

Marido: Ama de casa /Se ríe/” (R. nº 6).

También puede exteriorizarse como enojo: Me comenta que el marido a veces se enoja “que le dice que está todo el tiempo trabajando afuera o para los otros y no en la casa” (Registro nº 2).

O puede disfrazarse bajo una muestra de amor.

“E: ¿Su marido no quería que usted trabaje afuera?

M: Nunca, nunca quiso que trabaje de empleada doméstica (Registro nº 9)”.

“E: ¿Y cuál es la relación con los familiares? ¿Cuando ellos se van a trabajar usted cuida a sus nietos? ¿Los ayuda?

M: (se ríe) No, no, yo no los cuido. Mi hija cuida a los nenitos, el marido no quiere que trabaje (Registro nº 9)”.

Expresada de distintas formas, que pueden ser encubiertas, como algunos de los ejemplos anteriores, o más explícitas, vemos como se da una opresión hacia la mujer, tanto desde la sociedad en general como de la familia (y sus maridos) en especial. Como relata una activista feminista en las primeras situaciones observacionales, “La mujer se ve determinada a actuar, no hay voluntad” (R. nº 1).

Esta opresión sufrida por las mujeres, ese lugar secundario al cual las somete la sociedad, tiene como consecuencia una desvalorización por parte de sí mismas, de sus saberes y sus cualidades, proceso que puede ser ubicado dentro de lo que Bourdieu y Passeron llaman “violencia simbólica”, la cual influye en la autoestima y en las perspectivas de futuro de las mujeres. “Todo poder de violencia simbólica, o sea todo poder que logra imponer significaciones e imponerlas como legítimas disimulando las relaciones de fuerza, añade su fuerza propia, es decir, propiamente simbólica a esas relaciones simbólicas” (en Morgade, 2001).

“E: (...) me interesaría que me cuente en general su historia de vida. Hace cuanto vive en el barrio..., si es de acá...”

María: No, no, somos del Chaco. Espera ahí viene (señala a la hija) ella te va a contar mejor.

Hija: Pero si ella quiere saber tu historia.

E: Claro, si yo quiero que vos me cuentes...

Hija: Si vos le podés contar...” (Registro nº 9).



El caso de María es un reflejo de esta problemática, durante la entrevista y en el momento en que yo hablé con ella para concretarla, María expresó que lo mejor era que hablen la hija o el marido ya que ella no había ido a la escuela y no tenía mucho para contar. En relación a esto que plantea María, los estudios con perspectiva de género hacen hincapié en la necesidad de que las mujeres puedan expresarse, “(...) las mujeres son las primeras interesadas en que lo privado recupere la voz de la que fue desprovisto durante milenios” (Astelarra, 1992: 54). Este esfuerzo por que las mujeres puedan manifestar libremente lo que sienten, se observa en el campo

N: Pero a nosotros cuánto nos costó que esta señora hablara (se refiere a Teresa). Yo cuando ella por ahí me reclama y me dice no, no. Y yo la miro sorprendida...

V: grupo viva viva! /Se ríe y aplaude/ Yo les digo lo mismo.

N: Porque ella, ella jamás me ha dicho “no”. Nora era siempre “sí”.

V: Yo salto vos no sabés /Se ríe/. Cuando dice pero (...) no se dan cuenta que esto es así... yo le digo “bien, bravo”.

N: Yo me quedo pensando. Es re bueno que aprendió a decir que “no” lo que no le gusta. Porque a mí no me gusta hacer algo que me obliguen a hacerlo. Yo siempre les digo “chicas, reclamen lo que no les gusta, lo que no quieran, díganmelo, díganlo”. Si no se atreven a decírmelo, escríbanlo. Nora, no lo vamos a hacer no nos gusta, no quiero, así no. Pero díganlo, por favor, porque sino se hace lo que yo digo, y eso es como ir a una escuela, se hace lo que la maestra dice, y no es así, no es así (...).

V: Es que es parte de este sistema perverso... de obedecer.

N: “la mujer obedece” ¡No!, “si sos mujer tenés que obedecer. ¡No! /Voz y gestualidad enérgica/. No, no es así. Yo a mi hija le enseñé a revelarse siempre. Siempre (...) cuando vos les enseñás de chiquititos se saben defender y más si son mujeres. Que las mujeres se creen que tenemos que obedecer, no, no es así.” (R. n° 5).

De esta manera, quienes poseen una perspectiva de género tienen en claro que el cambio es posible, que la opresión no es “natural” y que pueden existir otras maneras de relacionarse en que no necesariamente existan primacías de poder ni de hombres ni de mujeres.

### **La mujer en la “división sexual del trabajo”**

Se le puede llamar tradición, costumbre, cultura; o bien naturaleza, inferioridad o capacidad reproductiva. Lo cierto es que debido a estas concepciones a las mujeres se les ha asignado un determinado papel en lo que se denomina división sexual del trabajo. Papeles que, a pesar de algunos cambios logrados en los últimos tiempos en los ámbitos extradomésticos, casi no se han transformado al interior de las familias (Wainerman, 2007).

Los modelos de representación sobre género y trabajo, expresados mediante las dicotomías cultura/naturaleza, producción/reproducción y/o trabajo/familia, son incorporados en el funcionamiento del mercado de trabajo, dificultando la inserción laboral de las mujeres, haciendo invisibles las formas de trabajo existentes fuera de las identificadas bajo la denominación de empleo.

“Yo soy Silvia (...) entré a trabajar acá en el comedor porque mi hijo tiene el plan y yo estoy trabajando por él. Como a mí me gustaba la cocina le dije a Marta si podía entrar en el comedor” (Registro n° 10).

A través del relato de Silvia se pueden abordar diversas aristas relacionadas con nuestra problemática, llaman particularmente la atención por un lado, el hecho de que su hijo varón cobre un plan pero que sea ella a través de su trabajo la que tenga que prestar la contraprestación, aclaro que no pasa lo mismo con su hija mujer que trabajaba junto a su madre en la cocina. Justamente el trabajo que realizan ambas mujeres en la cocina es otra cosa que nos moviliza, ¿por qué este y no otro?, y este porque parece tener una respuesta, se sigue reproduciendo el trabajo doméstico, el trabajo voluntario, el de los servicios como si fuera un rol por esencia de las mujeres. Esta problemática también se puede ver en el testimonio de Viviana, donde se alude a otras madres que acuden al comedor

“V: Si... desde el barrio... desde las mamás, las mamás son las que cocinan. Tenemos un reglamento, “toda mamá debe colaborar una vez por semana, por lo menos 4 horas, es obligación”. Y o sea, se puede poner a la mañana o a la tarde, como le convenga, pero tiene obligación” (R. n° 5).

Aquí reaparece la naturalización de que son las madres las que deben hacer este trabajo, invisibilizado en forma de colaboración.

Desde la primera aproximación al campo, vemos como son las mujeres las que deben ocuparse de lo “privado”, entendiendo por esto, no una apropiación positiva para sí del tiempo, sino lo privado visto como sinónimo de lo “doméstico” (Mestre, 2004). Esto tiene como consecuencia que las mujeres establezcan como prioridad el dedicarse al cuidado de los otros. En el primer registro se pueden escuchar reflexiones que hace referencia a esto “(...) las mujeres siempre llegamos tarde a la consulta médica” y esto se debe a que “siempre cuidamos a otro” (Registro n° 1). Esta problemática ha sido denominada desde la teoría de género como “economía de cuidado”. Según Arriagada “la economía del cuidado se refiere a la provisión de bienes y servicios para el cuidado de otras personas, especialmente de la propia familia, realizado habitualmente por las mujeres” (2001).

De uno de los registros de campo podemos leer lo siguiente: “En la sala de espera hay alrededor de 13 chicos. Todos acompañados por mujeres. En algunos casos una mujer trae a más de un chico, en otros caso 2 mujeres traen a un chico o más” (R. n° 6). Es así como los estereotipos de género se convierten en poderosos obstáculos subjetivos para las mujeres que muchas veces naturalizan esa imposición creada por la sociedad.

“A las 15:40 llega Marta acompañada con una de sus hijas de 10 años y me dice que ella también se va a quedar en la entrevista” (R. n° 8).

Esta imposición ha hecho que la falta de libertad de las mujeres, su invisibilidad y sujeción se tornen naturales, pudiendo de esta manera, construir sobre esta esfera “privada” otro “mundo”, el de lo público y masculino, el de lo visible (Mestre, 2004). Una y otra vez se vuelven a repetir los hechos de mujeres que dejan de lado sus necesidades por las del otro, casi siempre miembros de su familia. Los estudios desde una perspectiva de género permiten observar que este “cuidado del otro”, no es algo natural, sino que tiene que ver con una construcción, con el rol que le fue asignado a la mujer por la sociedad: “(...) dada la actual división del trabajo por género en que las mujeres asumen el

trabajo doméstico y el cuidado de los hijos de manera casi exclusiva” (Arriagada, 2006).

E: Me gustaría que me cuentes ¿qué era lo que hacías cuando llegaste a Rosario? ¿A qué te dedicabas?

M: Yo me dedico a la casa nomás. Y a criar los chicos, siempre fue así.

E: ¿Su marido trabajaba afuera y usted trabajaba en la casa?

M: Trabajaba en la casa, hacía de todo, igual en el Chaco también lo mismo”.

E: ¿Su marido no quería que usted trabaje afuera?

M: Nunca, nunca quiso que trabaje de empleada doméstica.

E: ¿Y otro empleo?

M: Y no sé leer. Si no, no sé. No sé si sabría leer me gustaba de (...) trabajar.

M: (...) Como tenía los chicos nunca quiso que trabaje (Registro nº 9).

A través del testimonio de María se puede observar como estas ideas de lo que se debe hacer, estas concepciones que se mencionaban más arriba, van construyendo en las mujeres un determinado pensamiento destinado a hacerles percibir que en ellas existe una responsabilidad “casi especial”, “casi exclusiva” de dedicarse al cuidado del hogar. Mientras que son los hombres, con su actitud protectora, los que deben realizar los esfuerzos necesarios que implica trabajar en lo público para poder así mantener el hogar. Releyendo la amplia bibliografía sobre la temática podemos ver como el caso de María se repite en los distintos hogares. “Una importante proporción de los hombres como de las mujeres de los sectores populares entrevistados en dos de las principales áreas metropolitanas de México concuerdan en que las mujeres tienen que pedir permiso a sus cónyuges para trabajar” (Ariza y de Oliveira, 2003: 43). En este punto se coincide con Rosaldo cuando plantea que:

“(…) la dominación masculina, no tiene límites físicos en cuanto a las cosas que los hombres o las mujeres pueden o no hacer, sino en las formas en que piensan sobre sus vidas, los tipos de oportunidades de que disfrutaban y su manera de exigir cosas” (Rosaldo, 2001:167).

Con este artículo intentamos visibilizar que estas “esferas” construidas, estos “mundos” dicotómicos, solo sirven para argumentar la subordinación y que en lo concreto no existe un mundo de las mujeres por fuera del de los hombres (Rosaldo, 2001).

### **Sobre género, trabajo y familia**

La participación económica de las mujeres es clave para la supervivencia de un gran número de familias. Para muchas que son cabeza de familia, los ingresos que generan son muy bajos y tienen a cargo muchos dependientes, por lo que la mayoría se encuentra por debajo de la línea de la pobreza. Esta situación las obliga a recurrir a una diversidad de estrategias de supervivencia “La señora Patricia /señala a una de las mujeres que fue llegando/, hace pan desde que yo abrí los ojos” (R. nº 5). Como se puede observar en el trabajo de campo, las estrategias que utilizan las mujeres están por lo general relacionadas con lo que han aprendido en el interior de sus hogares y desde muy temprana infancia. “Yo saqué para comprar telas, para hacer cositas para bebé. Después

saqué para comprar una máquina de coser, hay muchas cosas” (R. nº 5). Ocupaciones como coser, cocinar, cuidar, limpiar, lavar, son las opciones más escuchadas entre las mujeres pobres que salen a trabajar fuera del hogar. Vemos como los roles asignados en el ámbito particular del hogar, luego son trasladados a otros espacios más generales.

Lejos de ser una institución aislada, la familia es parte de procesos sociales más amplios, que incluyen dimensiones productivas y reproductivas de las sociedades, patrones culturales y sistemas políticos.

“Digamos yo terminé séptimo grado y ahí sí, vos terminabas séptimo grado y no podías ir a estudiar. Porque también nosotros éramos muchos, entonces enseguida te buscaban trabajo cama adentro, los padres iban y te buscaban trabajo” (R. nº 8).

Por situaciones como las que observamos en el campo es que relevantes estudios sobre esta temática identifiquen a la organización familiar con el lugar que la sociedad le da a la subordinación social femenina, considerando a la familia como constructora y reproductora de ideología (Arriagada 2001, Wainerman 2007, Jelin 2005).

Refiriéndose al trabajo extradoméstico, Ana Esther Koldorf (2008) plantea que: “(...) en América latina en las últimas décadas ha habido una feminización laboral y de la pobreza, dándose una creciente incorporación de las mujeres al mercado de trabajo”. Dentro de esta problemática pronuncia la paradoja de que si bien hay más mujeres participando en actividades laborales, la precariedad aumentó, puesto que la gran mayoría de ellas se encuentran en ocupaciones temporales que las devuelven a la desocupación en breve tiempo o en su defecto se dedican a ocupaciones de muy baja calidad que no son consideradas por la OIT como trabajo decente por la falta de condiciones mínimas de estabilidad y protección social. Temática que se pudo vislumbrar en nuestra observación de campo

E: (...) ¿es más fácil que la mujer consiga trabajo en algunas ocasiones?

M: Sí, sí. Mirá, hay mucho trabajo, yo si quisiera trabajar, me voy enfrente al barrio tango y hay trabajo para hacer limpieza, todas esas cosas.

E: ¿Hay muchas mujeres que trabajan en la limpieza?

M: Sí, la mayoría trabaja” (R. nº 8).

Que las mujeres transitan hacia el mundo laboral en una tendencia irreversible y mayoritaria, sin embargo, este fenómeno no se reconoce como parte de un proceso que las lleve a conducir sus vidas. El derecho “a ser libres y hacer en libertad” debería ser el derecho fundamental de cualquier ser humano, pero no está en el horizonte próximo de la vida de las mujeres y menos aún de las que viven en pobreza (López, y Salles, 2004). Estas no tienen la posibilidad de elegir de que trabajar y se deben conformar en ocupar puestos informales, en los que no deben declarar si tienen que mantener a hijos, cuidar a familiares o cocinar y limpiar en la vuelta a casa.

Sigue hablando Marta: ¿Cómo es ser mujer y no tener recursos para vivir?

M: “Y...te sentís re mal, te sentís re mal, porque vos ves qué sé yo un montón de cosas que... que sé yo anda a lavar los platos es lo primero que te dicen, cuando vas a buscar un trabajo o algo a veces.

E: ¿Es más difícil acceder a un trabajo remunerado?

M: Y sí, porque podés ir a limpiar casas y a otra cosa no podés ir, no podés hacer otro trabajo.

E: ¿Eso te hace sentir más vulnerable?

M: Sí, te tira abajo la moral, digamos. Si vos estas (...) peor, porque querés algo y no lo conseguís. Porque golpeas puertas y nada, golpeas y te preguntan “qué cantidad de hijos tenés” y no le decís siete le decís cinco por las dudas, “ah bueno mañana te llamamos” y nunca más te llaman porque ellos no quieren gente con chicos porque, siempre los chicos se enferman y después tenés que estar faltando” (R. n° 8).

Acto seguido Marta agrega “(...) si, pero eso no es solo por ser mujer. A los hombres también se les complica, por ahí no los ponen en blanco porque tienen que cobrar más de salario, que de otra cosa porque tiene muchos chicos”. La vivencia de Marta muestra cómo género y clase no son cosas aisladas, y que también los hombres pobres pasan por situaciones de trabajo informal, maltrato en el trabajo o tienen imposibilidades para acceder a él. Esto se vuelve a repetir en otro fragmento de la entrevista:

E: ¿y siendo mujer vos sentís que se complica conseguir trabajo, (...)?

M: No, yo creo que se les complica a las mujeres y a los hombres también.

E: O sea que ¿no es una cuestión de ser mujer?

M: No, no, yo pienso que no. La mujer ahora capaz que tienen más posibilidades que los hombres por ahí. No es como antes. Porque ahora hay muchas personas que trabajan, mujeres, y los hombres se quedan en la casa a cuidar a los hijos, los llevan a la escuela. Vos ves esas situaciones.

E: ¿En el barrio se ven estos cambios?

M: Sí, que trabajan los dos, para poder progresar” (R. n° 8).

Cuando se las escucha hablar inmediatamente viene a la cabeza toda la teoría y los antecedentes sobre la temática de género. Estas citas son una muestra de lo que dice la teoría del género sobre lo aquí tratado: “Las transformaciones que se dieron en el ámbito laboral no han resultado transformaciones sustanciales en la esfera de lo doméstico. (...) no hay conciencia de la posibilidad de compartir, en situación de igualdad, el trabajo reproductivo, incluso aquellos que estaban desocupados” (Koldorf, 2008). O lo dicho por Hochschild en relación al compartir tareas cuando bautiza de “ (...) *revolución estancada* a este aumento de mujeres con *doble jornada* (laboral y doméstica) no acompañada por un aumento equivalente de la participación de los varones en la esfera doméstica” (Hochschild en Wainerman, 2007).

Esta vez las vivencias del campo no coinciden con la teoría. Éste sería un punto importante a seguir indagando ya que si más sujetos en el campo poseen las mismas significaciones que Marta, se podría tener una luz de esperanza y se podría decir que la revolución de la que nos hablan los autores no está “tan” estancada. Pero todavía falta mucho para sacar estas conclusiones.

### *El Manejo del Tiempo*

Jesusa Izquierdo caracteriza el tiempo de las mujeres como “un tiempo continuo en el que se suceden en una secuencia repetitiva, las horas, los días, las semanas; indiferenciando entre días laborales y festivos, entre tiempo familiar, profesional y laboral; que no se intercambia como mercancía, sino que tiene sólo valor de uso y de carácter heterónomo, es decir que se organiza en función de las necesidades de los otros. Por el contrario, el tiempo de los varones es un tiempo discontinuo –con tiempos de trabajo y ocio diferenciado-, se vende a cambio de un salario y es de carácter autónomo” (Izquierdo, 1988).

A partir de esta definición podemos observar que el tiempo es una variable afectada por el sexo, el rol familiar, la presencia o no de hijos y por la participación en el mercado laboral. Así el tiempo que marca el reloj social no es igual para hombres y mujeres, esta temática se vio reflejada en el campo de la siguiente manera:

“Todo el día trabajo, porque no tengo un sueldo fijo. Que vos decís “voy a trabajar cuatro horas que es lo que voy a cobrar a fin de mes”. Entonces nosotros pusimos un, tipo un, kiosco y con eso podemos pagarle el gasto de mi hija que se va a Bariloche, porque sino no lo podíamos pagar. También para poder vivir, para comprarles las cosas a ellos. Ahora al tiempo que estábamos nosotros, cambiamos. Porque ahora... qué sé yo. Antes teníamos que salir a cirujear, yo ahora si tengo que ir a un piquete no puedo porque no tengo tiempo. Porque tengo todas las 24 horas del día ocupadas.

E: No consideras que tenés tiempo libre para hacer otras cosas aparte del trabajo y la familia.

M: Y no... ahora cuando hay una reunión o algo va mi marido (R. nº 8).

Escuchando las experiencias de Marta podemos vislumbrar que son las mujeres las que menos tiempo libre tienen, ya que siempre postergan sus actividades y necesidades personales por los requerimientos de su familia.

“Las chicas pobres muchas veces no pueden trabajar ni estudiar porque no tienen quien les cuide a su hijo/a, no cuentan con un sistema de transporte público eficiente y, en algunas ocasiones, viven hacinadas con su familia por falta de recursos económicos o de vivienda. Usualmente son madres solteras y luchan todos los días por sobrevivir en una sociedad que no les provee apoyo ni oportunidades, mientras una historia de desigualdad las responsabiliza con exclusividad por el cuidado de los/as hijos/as” (Morgade, 2001: 54).

Por otro lado, este relato permite realizar un acercamiento a la problemática que tienen las mujeres cuando emprenden proyectos fuera del hogar, quienes se ven en la disyuntiva entre abandonar esos emprendimientos que las hacen sentir bien e incluidas, o dedicarle tiempo a los hijos y al hogar, con los reproches que esto implica:

“Porque yo la puse para estar acá y en otro lugar trabajando, ¡colaborando! Con mis compañeras. La puse a ella en una escuela de

doble turno con cinco años. Entonces me decía “pero vos como madre debes de comer conmigo”, “la familia debe de comer junta” (R. nº 5).

Vemos como la naturalización de roles, de obligaciones que deben tener las mujeres, las hace más vulnerables al tomar decisiones sobre su vida, sobre que quieren hacer, complicando su salida al espacio público, sintiéndose culpables cuando eligen que hacer con su tiempo.

“O sea que yo tuve tiempo para ocuparme de mi familia y de la otra gente que me necesitaba también. O por ahí más de la gente que de mi propia familia, porque por ahí hacia cosas para los demás y no podía traer a un control a los chicos...” (R. nº 8).

Es a partir de la inserción de las mujeres al mercado de trabajo, cuando comienzan a visibilizarse, de manera masiva, las diferencias existentes entre hombres y mujeres en lo que respecta a la estructuración del tiempo. Sin embargo, como vemos en el campo, esta visibilización no fue acompañada por un cambio de actitud con respecto a esta estructuración. Por lo que cuando las mujeres deciden dedicar su tiempo para el trabajo, la militancia o “simplemente” para ellas, esto no siempre es bien visto por el resto de la familia/sociedad.

“Nos pasan cosas que le pasan a la familia, a todos los seres humanos y hay que estar sosteniendo el lugar digamos que son públicos, que de alguna manera es bastante... no. Bastante difícil es un trabajo muy desgastante. Y además la mayoría de todos nosotros estamos trabajando en un trabajo ad honorem, entonces se desgasta, se desgasta muchísimo” (R. nº 5).

Las mujeres, para evitar estos reproches, llegan a realizar grandes esfuerzos que les ocasionan mucho desgaste, ya que deben combinar las tareas, que casi nunca son repartidas, del hogar con las extradomésticas. Esto que yo llamo “combinación” es denominado por los y las estudiosas de género como doble o triple jornada laboral (Arriagada, 2001; Wainerman, 2007).

### **Concepciones sobre pobreza**

Las distintas asignaciones de roles dados a las mujeres en la división sexual del trabajo, han producido, entre otras repercusiones negativas, el acceso de manera diferencial a los recursos, lo que conlleva a procesos de privación que se ven reflejados a la hora de satisfacer las variadas necesidades socioculturales.

Existe un sesgo de género en las causas de la pobreza, que tiene como resultado la distinta incidencia de la pobreza en varones y mujeres. En este contexto se llama “feminización de la pobreza” al crecimiento de la proporción de mujeres entre la población pobre. La feminización de la pobreza es un proceso, no simplemente un estado de cosas en una coyuntura histórica particular. Debido a los mayores niveles de inseguridad, precariedad y vulnerabilidad que sufren por su posición subordinada a los hombres en el sistema de relaciones de género, se observa una mayor exposición de las

mujeres a la pobreza. Como vemos en el campo “el trabajo de la mujer tiene más posibilidades de no ser remunerado que el del hombre” (R. n°1)

El análisis de las concepciones de pobreza permite plantearla como una problemática compleja, se acuerda con María Elena Valenzuela cuando esboza que

“(…) el bienestar no está determinado únicamente por el consumo sino que incluye también elementos no materiales, la pobreza es más amplia que la mera falta de ingresos. De esta constatación deriva la necesidad de enfocar el fenómeno más allá de su dimensión económica y de reconocer su carácter multidimensional donde se incorporan aspectos atinentes a la participación social y realización de derechos...”  
(Valenzuela, 2003).

Una vez en el campo se pudo ver cómo actúa la dinámica multidimensional de la pobreza. Por un lado se observan sus implicaciones netamente materiales ligadas a necesidades básicas.

“N: No alcanza para pagar las necesidades, si vos tenés que pagar la luz, el gas. No, no alcanza (...) La luz la necesitas, el teléfono lo necesitas, en el lugar donde ellos están, donde no hay movilidad, donde no entra nadie. El teléfono es una necesidad, no es que uno lo tenga por lujo... son necesidades básicas de la familia.  
M: Que tendríamos que tener todos” (R. n° 5).

Se vislumbraron muchos problemas que tienen que ver con lo estrictamente económico y del ingreso: “Vos tenés que estar diez horas en un lugar para que te hagan un papel, diez horas en otro, para pedir algo, porque si vos no tenés plata, no, no podés llegar a ningún lado” (R. n° 5). Pero también se vieron otras necesidades, que van más allá de lo material. La pobreza se manifiesta de diferentes formas, cuando golpea a las personas puede enfermarlas; cuando una madre no sabe qué van a comer sus hijos, ni con qué van a estudiar, la situación puede llegar a ser desbordante.

(...) es feo que no te den una respuesta y decir “no, nadie me ayuda” y a veces pensás cualquier cosa, te enfermas, llegas a tomar medicamentos, porque en la situación que a veces pasas tenés que andar tomando pastillas para dormir, porque no podés dormir pensando en que si te levantas no tenés leche, al otro día no tenés para lavar. Porque no es sólo la comida, pasa por un montón de cosas, les faltan las cosas para los chicos para la escuela... que no tienen libros (registro n° 8).

En torno a esta problemática se coincide con Ana Esther Koldorf

“(…) aunque afecte a muchos hogares, existe una serie de factores coadyuvantes de la pobreza de la mujer al interior del hogar basadas en el género; por ejemplo, las disparidades en el reparto doméstico del poder económico, la división del trabajo sobre la misma base, las responsabilidades relativas al bienestar familiar” (2008: 47).



Siempre las mujeres asumen una responsabilidad extra, es esa necesidad de ocuparse antes de los otros, sus hijos, su marido, sus familiares que de ellas mismas.

L: “Yo tengo pocos estudios y cuando mis hijos me preguntan algo yo no sé nada y eso para mí es terrible” (registro nº 10).

Así puede explicarse que una madre llegue a enfermarse si sabe que a sus hijos les faltan cosas o por no poder ayudarlos con sus problemas.

“Viste que a veces te pasa... va a mí a veces me pasaba que me sentía que no servía para nada digamos. Pero ponele que se yo te sentis inútil, pero por todas las cosas que te pasan, porque vos te echas toda la culpa a vos. Y después no, me di cuenta que no, que para algo sirvo.

E: ¿Las culpas anteriores eran de no tener trabajo y esas cosas?

M: Sí, porque vos querés más cosas para tus hijos y vos no se las podés dar y es feo eso (R nº 8).

Las relaciones de poder históricamente desiguales entre los sexos, refuerzan estereotipos construidos que hacen que las mujeres asuman responsabilidad que no necesariamente tienen, lo que conlleva a que se sientan inferiores, inútiles, menospreciadas.

#### *La emergencia de los “nuevos pobres”*

Los “nuevos pobres” constituyen lo distintivo de la actual sociedad. Las transformaciones económicas y sociales de las últimas décadas derivaron en una creciente exclusión de grandes grupos sociales. Se da un proceso en el cual (...) “la población en situación de pobreza no sólo ha visto empeorar su situación, sino que se ha extendido y se ha vuelto más heterogénea” (Koldorf, 2008: 30). Problemática que se manifiesta en el campo:

“(...) la cuestión de los alimentos para la comida, está peor que hace seis meses atrás. Peor (...) gente que nunca te pidió y ahora te vienen a pedir, gente que está trabajando. Yo tengo allá una chica, que el marido es plomero, y cada dos por tres me dice “Marta necesito que vos ahora me des la comida, porque si vos me das ahora, entonces yo a la noche puedo comer”. Un día que pase, dos días, pero es... gente que nunca te pidió nada y ahora está pidiendo más” (R nº 5).

La pobreza se extendió y el universo de los pobres es ahora más heterogéneo, engrosado por sectores medios imposibilitados de acceder a bienes y servicios básicos. Como explica Marta en otra entrevista, este año la situación se agravó mucho más, esto se ve reflejado en que más gente necesita del comedor comunitario para poder alimentarse.

E: ¿Para cuántas personas cocinan?

M: Y... hoy vamos a cocinar más o menos para 150.

E: ¿En general cocinan esa cantidad o varía?

M: Sí... a veces menos y a veces más. Hasta el año pasado había menos gente, de marzo ahora aumentó un montón la gente que viene” (Registro nº 10).



Esta misma situación se pudo observar en el consultorio de pediatría, donde madres que tienen obra social, no pueden mantenerla y tienen que recurrir al servicio público.

Pediatra: “Sí, sí, esta chica necesita tratamiento. /al pedirle los datos la pediatra, la mujer le da un carnet del sanatorio privado para que los copie/.

Pediatra: ¿querés que te haga una derivación por la obra social?

Mamá: No, no, si puede ser hágame para un hospital público. Porque en la obra social me cobran mucho igual y yo no puedo pagar.” (R. nº 6).

La problemática de los “nuevos pobres” permite observar otra de las características de la pobreza que es la de ser dinámica, las personas pueden entrar y salir de la pobreza.

### *La pobreza subjetiva*

Lo que aquí se llama pobreza subjetiva es otro de los postulados que va a venir a reforzar la postura de Valenzuela (2003) y muchas otras investigadoras (Murguialday, 2009; Godoy, 2003) que la pobreza no tiene que ver solo con los ingresos y lo material, sino que muchas veces la problemática de la pobreza pasa por otros lados. La pobreza puede estar en sentirse excluido o vulnerable o como se ve en el campo el sentirse incluido (siempre y cuando se satisfagan las necesidades básicas) hace que uno pueda ver a la pobreza de otra forma:

“O: ... yo parto de la idea de que las mujeres viven la pobreza de una manera diferente... que son las más pobres entre los pobres.

P: Si no sé... para mí que eso puede ser más un supuesto tuyo. Para mí que vos no contemplas la división que existe entre pobreza y vulnerabilidad. Para mí la diferencia está en la exclusión. Acá al consultorio vienen muchas mujeres que vos las podés ver y decir que “son re pobres”, pero si lo miras materialmente. Pero sin embargo ellas están incluidas en una red de relaciones sociales. Por eso para mí ellas son vulnerables pero no pobres. Por ejemplo tengo una paciente que trabaja como cartonera, si vos la ves pensás que es pobre. Sin embargo ella está incluida, tiene su trabajo, tiene su red de contención, puede cuidar a su familia, se puede valer por ella misma. En cambio hay otras que capaz que viven más cerca de acá, que están mejor económicamente y sin embargo están más sujetadas sus parejas. Que no tienen ningún tipo de contención, que no tienen trabajo, para mí esa persona que no está incluida es pobre. Porque en la pobreza no tiene que ver solo lo material” (R. nº 3).

Eso que la psicóloga del centro de salud observaba en la entrevista pudo ser visto más adelante en otras situaciones de campo:

“(...) el comedor que gracias a dios me ayuda, porque me ayuda un montón... no tengo sueldo pero (...) es algo que yo lo tengo que hacer. Entonces digo, bueno yo todos los meses tengo mi plata, tengo 700 y algo de pesos y un plan.

E: ¿Teniendo el comedor y la militancia vos te sentís más incluida que antes?

M: Sí, antes yo iba algún lado y era “quién es esta” y ahora todos “hola marta”, o “hola flaca” y me abren las puertas en todos lados. Para que

voy a ir a la municipalidad yo antes, sabes que me... ni entraba, ahora voy y paso nomás (registro nº 8).

El incremento, la profundización y la complejización de la pobreza también tendrían que ver con factores cualitativos como los aspectos cognitivos, afectivos y conductuales involucrados en las actitudes frente a la misma. Actitud que se mantiene desde las políticas públicas hasta el mismo ciudadano portador de la pobreza, con sus creencias, valores y mapas mentales y culturales que modelan y estructuran sus conductas. Así podemos ver que la pobreza no tiene que ver necesariamente con lo material, con el resultado monetario que puede salir de un estudio cuantitativo. Sino que va más allá, que tiene que ver con procesos muchos más amplios de exclusión/inclusión. Por esto la importancia de estudios cualitativos, que se basen en las significaciones que los mismos “pobres” le dan a la pobreza por ellos vivida.

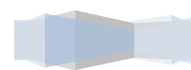
### **A modo de cierre**

Mi propósito al trabajar con las significaciones de las mujeres que viven en contextos de pobreza urbana, es darle valor a estos discursos subyacentes que la mayoría de las veces son inviabilizados por el poder hegemónico. Creo en la necesidad de trabajos que den lugar a las interpretaciones de las mujeres, mostrando que su cotidianidad no puede quedar en un quehacer privado, sino que sus prácticas son políticas.

La idea de mujer como “la responsable única de los hijos, dedicada únicamente al ámbito doméstico, diferente (e interior por eso)” es una construcción cultural y no algo natural o inherente al sexo femenino. Por esto es fundamental el estudio de la categoría de género desde la antropología ya que ésta tiene como unos de sus objetivos hacer ver que lo que los hombres consideran natural es de carácter convencional e histórico. Que lo “natural” es un emergente, una alternativa que sobresalió sobre otras, pero no por esto deja de ser una alternativa entre muchas. Al poder visibilizar estos hechos la antropología va a servir para desnaturalizar esta idea de mujer, va a permitir reconocer que es parte de una imposición cultural. En este punto se acuerda con la antropóloga feminista Michelle Rosaldo quien plantea que

“La tarea crucial para las académicas feministas no está en el objetivo relativamente limitado de documentar el sexismo prevaleciente como un hecho social –o en mostrar cómo podemos esperar cambiar o cómo fuimos capaces de sobrevivir-. Más bien, parece que tenemos el reto de sacar a la luz nuevas formas de vincular las particularidades de las vidas, actividades y metas de las mujeres con las desigualdades dondequiera que existan”. (Rosaldo, 2001: 202).

Este análisis me permitió visualizar que las mujeres son pobres en tanto en cuanto esta situación está condicionada por el género; en otras palabras, la experiencia de la pobreza y exclusión está condicionada por las identidades de género. Esto significa que hombres y mujeres son definidos como seres humanos diferentes, cada uno de ellos con sus propias oportunidades, roles y responsabilidades. En fin, existe un sesgo de género en las causas de la



pobreza que tiene como resultado la distinta incidencia de la pobreza entre hombres y mujeres.

Las mujeres que viven en la pobreza a menudo se ven privadas del acceso a recursos de importancia crítica, no se reconoce su trabajo, sus necesidades en materia de atención de la salud y nutrición no son prioritarias, carecen de acceso adecuado a la educación y a los servicios de apoyo, y su participación en la adopción de decisiones en el hogar y en la comunidad es mínimo. Atrapada en el ciclo de la pobreza, la mujer carece de acceso a los recursos y los servicios para cambiar su situación. Este crecimiento de la proporción de las mujeres entre la población pobre fue categorizado como “feminización de la pobreza”. Destaco la importancia de considerarla desde una perspectiva de género, ya que permite observar que la pobreza no es neutral con respecto a los sujetos que la sufren, que la sujeción que viven las mujeres, el no poder administrar libremente su tiempo libre, el tener que cumplir una doble o triple jornada laboral, hace que estas sean más propensas a caer en la pobreza, por lo que se adhiere al planteo de que “son las más pobres entre los pobres” (Arriagada, 2006; entre otras).

A partir de este enfoque se resalta que hombres y mujeres no son grupos homogéneos, sino diversos, y que por ello es necesario cruzar el género con otras variables de discriminación que estructuran las relaciones sociales -como la clase social, la raza, la etnia o la edad, entre otros- para poder comprender realmente el fenómeno de la pobreza y sus implicaciones. Solo de esta manera podremos evaluar los procesos por los que se van ensanchando las diferencias entre la pobreza femenina y la masculina.

## Bibliografía

Aguilar Lucia 2011. “La feminización de la pobreza: conceptualizaciones actuales y potencialidades analíticas”. En *Pesquisa teórica*. v. 14, n. 1, p. 126-133. R. Katál., Florianópolis.

Arriagada Irma 2006. “Dimensiones de la pobreza y políticas desde una perspectiva de género”. Revista de la CEPAL, N° 85. Santiago de Chile Abril 2006. [En línea] <http://www.eclac.org/revista/>

----- 2001. “Familias latinoamericanas. Diagnóstico y políticas públicas en los inicios del nuevo siglo”. División de Desarrollo Social. CEPAL Santiago de Chile.

Ariza Marina, Orlandina de Oliveira 2003. “Acerca de las familias y los hogares: estructura y dinámica”. En Wainerman comp. *Familia, Trabajo y Género*. Fondo de Cultura Económica, Bs. As.

Astelarra Judith 1992. “Recuperar la voz: El silencio de la ciudadanía”. En *Fin de siglo. Género y cambio civilizatorio*. Chile. ISIS.

Godoy Lorena 2004. *Entender la pobreza desde la perspectiva de género*. CEPAL UNIFEM. Santiago de Chile.

Izquierdo Jesusa 1988. *Las desigualdades de las mujeres en el uso del tiempo*. Instituto de la mujer, Madrid.

Jelin Elizabeth 2005. “Las familias latinoamericanas en el marco de las transformaciones globales: Hacia una nueva agenda de políticas públicas” en *Reunión de expertos. Políticas hacia las familias, protección e inclusión sociales CEPAL*, 28 y 29 de junio.

Koldorf Ana Esther 2008. “Feminización laboral y de la pobreza. Cap. IV” en Koldorf Ana Esther *Familia y Nueva pobreza desde una perspectiva de género (Rosario, 1994-2002)*. 1ª edición. Ediciones Prohistoria, Rosario.

- Lerner Gerda 1990. *La creación del patriarcado*. Critica, Barcelona.
- López María de la Paz, Vania Salles (coord.) 2004. "Repensar la relación entre pobreza y mujeres" en *Siete estudios y una conversación*. Secretaría de Desarrollo Social / Indesol Colonia El Carmen, Coyoacan, México.
- Mestre Ruth 2004. "Dea ex Machina. Trabajadoras migrantes y negociación de la igualdad en lo domestico" en Cuadernos de Geografía, núm. 72.
- Morgade Graciela 2001. Introducción y Capítulo 2. *Aprender a ser mujer, aprender a ser varón*. Noveduc. Bs. As.
- Murguialday Clara 1999. "Mujeres y cooperación: de la invisibilidad a la equidad de género" en Cuadernos Bareaz, n° 35. Bilbao, España.
- Pascual Cecilia 2013. "La villa y los territorios discursivos de la exclusión". En Revista Bifurcaciones.
- Rico María Nieves 2008. "Autonomía económica y superación de la pobreza, retos para las políticas de género". CEPAL, Chile.
- Rosaldo Michelle 2001. "Uso y abuso de la antropología: reflexiones sobre el feminismo y la comprensión intercultural" en Navarro M. y C. Stimpson comp. *Un nuevo saber: los estudios de mujeres. Nuevas direcciones*. Fondo de cultura económica, Bs. As.
- Valenzuela María Elena 2003. "Desigualdad de género y pobreza en America Latina". En *Mujeres, pobreza y mercado de trabajo. Argentina y Paraguay*. Santiago de Chile. OIT.
- Wainerman Catalina 2007. "Conyugalidad y paternidad ¿Una revolución estancada?" *En Género, familias y trabajo: rupturas y continuidades. Desafíos para la investigación política*. Gutiérrez, María Alicia. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires.
- Witting Monique 2006. "El pensamiento heterosexual y otros ensayos". Egales, Madrid.

